

**VISIÓN DE LOS INDÍGENAS EN *EL RUDO ENSAYO*
DE JUAN NENTUIG, MISIONERO JESUITA**

Marina Martínez Andrade*
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

PALABRAS CLAVE: MISIONES JESUITAS, NOROESTE MEXICANO, JUAN DE NENTUIG, ALTERIDAD, ÓPATAS Y PIMAS

Resúmen: El artículo estudia la alteridad en *El rudo ensayo* escrito entre 1762 y 1763 por el misionero jesuita Juan Nentuig. Fundamentalmente la otredad se liga a la experiencia de la extrañeza, que conduce a la descripción de paisajes, climas, plantas y animales, formas, potencias y aplicaciones y, sobre todo, de los seres humanos (idioma, creencias, genio y carácter, costumbres, ceremonias, organización social y política, etcétera). Así, las imágenes con las que el autor proporciona una visión de los indígenas del Noroeste novohispano (ópatas, pimas, seris y apaches) ocupan una posición central en este texto.

Abstract: *This paper study the alterity in El rudo ensayo written between 1762 and 1763 for the missionary Jesuit Juan Nentuig. Fundamentally the otherness unites to the experience of the strangeness, which leads to the description of landscapes, climates, plants and animals, forms, powers and applications and, especially, of the human beings (language, beliefs, genius and character, customs, ceremonies, social and political organization, etcetera). In this way, the images by means of which the author provides a vision of the aborigens of the Northwest Novohispano (ópatas, pimas, seris and apaches) occupy a central position in this text.*

* marinamr@att.net.mx

Marina Martínez Andrade

Al efectuarse el descubrimiento de América, los Reyes Católicos recurrieron al papa Alejandro VI con el fin de asegurar el derecho de España sobre las tierras descubiertas. El Pontífice les concedió tanto el dominio de dichos territorios como el “patronato de la Iglesia” en el Nuevo Mundo, junto con la obligación moral de propagar la fe católica entre sus habitantes. Mas la realización de este compromiso, muy difícil de evadir aun por los conquistadores españoles, tuvo que esperar algunos años porque “no había personal religioso que se ocupara de ello y mal papel hubieran hecho los encomenderos metidos de predicadores” (García Martínez 245). En 1522, el papa Adriano VI confió la labor de evangelización a las órdenes regulares: primero a los franciscanos que llegaron a la Nueva España en 1524, luego a los dominicos, los agustinos y los mercedarios y, por último, a los jesuitas que arribaron en 1572.¹

LA LABOR DE EVANGELIZACIÓN

La labor de evangelización distó mucho de ser un asunto meramente espiritual pues debió coincidir con ciertos lineamientos políticos; además de que, la reciente derrota y destrucción del imperio mexica, hacía difícil para los indígenas la aceptación de mitos y héroes comunes con los invasores.² Este asunto ha impedido saber qué tanto lograron penetrar los primeros frailes en las conciencias individuales, porque si bien se obtuvieron resultados llamativos en cuanto a bautismos, asistencia a misa y cumplimiento de algunos sacramentos, tal respuesta

¹ El 28 de septiembre de 1572, llegaron los primeros quince jesuitas a la Nueva España. Correspondió al padre Everardo Mercuriano encauzar los trabajos de la nascente provincia, cuyos fundadores provenían a su vez de diversas provincias españolas; en cuanto sanaron de las enfermedades propias del largo viaje, los sacerdotes dieron comienzo a su ministerio centrado básicamente en la labor educativa; pero, en la primera Congregación Provincial celebrada en 1577, convinieron que en lugar de abrir tantos colegios, se atendiera más a la evangelización de los indígenas. En 1590, por Real Acuerdo, se pidió a la Compañía de Jesús que se hiciera cargo de la conquista evangélica y pacificación del Noroeste mexicano. Al año siguiente, 1591, llegaron a Mocorito, en el actual estado de Sinaloa, Gonzalo de Tapia y Martín Pérez misioneros jesuitas que iniciaron su labor evangélica en 1592. Al principio se encontraron con muchos obstáculos, y no fue hasta 1596 cuando lograron establecer su primera misión, con el apoyo del Real Presidio Fuerte de Montes Claros, fundado por los militares españoles en Sinaloa.

² El imperio mexica, que tomó forma con Moctezuma I y duró hasta la Conquista española, puede considerarse, en cierto modo, la síntesis de Mesoamérica. Comprendía elementos muy diversos heredados de sus lejanos y diversos antecedentes, los cuales —como todo organismo vivo— combinaba con otros rasgos provenientes de los pueblos contemporáneos que mantenía bajo su yugo.

no implicaba una profunda conversión religiosa. Todavía resultó más difícil el desarraigo de las religiones mesoamericanas, por lo que se produjo un sincretismo de las antiguas creencias con las nuevas, muy vivas todavía en las capas indígenas y populares del país.

La religión era una fuerza dominante en la sociedad del México antiguo, caracterizada por su politeísmo —una multitud de dioses, aunque con su correspondiente jerarquía, que explicaban la existencia del mundo, su creación y su naturaleza— y una infinidad de ritos que relacionaban al hombre con los dioses en todos los ámbitos —tecnológico, social y político— de las actividades humanas. La política de conversión al cristianismo trajo consigo la destrucción de templos, pinturas y símbolos, así como la prohibición de las prácticas religiosas indígenas; pero, en contrapartida, motivó el interés en el conocimiento de la religión de los vencidos con el fin de lograr una mejor conversión y la supresión de toda idolatría (Carrasco 201).

Irrupciones al Norte o Septentrión

Una de las zonas más resistentes a la penetración hispana fue la llamada vertiente del Norte que, a pesar de su lejanía, les resultaba sumamente apetecible, sobre todo después del descubrimiento de las minas de plata en Zacatecas —al Norte de la Nueva Galicia— en 1546, seguido de otros hallazgos. Aparte de las perspectivas de botín y riqueza, estas tierras poseían y siguen poseyendo en forma natural un extremo abierto a la expansión hacia el Norte, en crecimiento continuo:

Ser frontera, en el sentido amplio de la palabra, ha sido un rasgo consustancial al Norte..., frontera viva, en avance, que sólo la falta de recursos y [más tarde] las ambiciones de los norteamericanos... hicieron retroceder. (García Martínez 66)

Las expediciones de los españoles para descubrir y conquistar este territorio se iniciaron desde 1529 y se intensificaron en la segunda mitad del siglo XVI; pero les resultó difícil la empresa, porque se encontraron con culturas muy distintas a la azteca y otras del centro y Sur del país.³

³ El imperio de la Triple Alianza, integrado por Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan, se ha llamado también imperio mexicano, mexica o azteca. En la antigüedad el gentilicio azteca se empleaba únicamente para denominar a la gente que según las tradiciones históricas provenía de Aztlán;

Marina Martínez Andrade

Los habitantes naturales del lugar apenas conocían los rudimentos de la agricultura, vagaban en grupos pequeños sin fundar pueblos estables y se oponían permanentemente a los invasores mediante la guerra de guerrillas y el certero manejo de sus armas elementales. En busca de su pacificación, el gobierno de la Nueva España invitó a algunos frailes para llevarles a los habitantes la fe cristiana, cumpliéndose así lo dicho por un religioso: “Donde la plata abre el camino, entra el evangelio y donde no, apenas hay quien lo lleve” (González Sánchez 139); pero siendo tan pocos no pudieron alcanzar sus objetivos.

Las misiones jesuíticas

Los jesuitas llegaron a la Nueva España plenos del celo apostólico de su fundador, San Ignacio de Loyola, quien, según la tradición, había dicho: “A México envíen [sacerdotes]; si le parece, haciendo que sean pedidos; o sin serlo”.⁴ Su llegada fue providencial para el gobierno de la Nueva España, pues si en un principio (como ahora) se dedicaron primordialmente a la educación de las clases altas, en 1590, por Real Acuerdo, tomaron a su cargo la conquista, pacificación y colonización evangélica de la zona Noroeste: Sinaloa, Sonora y las Californias. Las dos últimas regiones nombradas formaban parte de la Pimería Alta, donde los jesuitas concentraron sus esfuerzos evangélicos.

Los pimas estaban separados entre sí en forma natural por una intrusión de los ópatas en su territorio, de modo que la Pimería Baja abarcaba el Sur de Sonora y zonas adyacentes, así como el extremo Occidental de Chihuahua; y la Pimería Alta, dos tercios del Sur de Arizona y el Norte de Sonora, llegando a ocupar porciones del desierto. En los límites de este territorio vivían los *sobaipuris*, *pápagos*, *yumas*, *cocomaricopas*, *cocopas*, *quiquimas* y otras tribus. En aquel tiempo ambas pimerías estaban comprendidas bajo el dominio de la Nueva Vizcaya, llamada más tarde Sonora, hasta que en 1854, el *Gadsden Purchase* recortó la parte septentrional para la Federación Americana.

En condiciones, con frecuencia durísimas, los jesuitas fueron fundando sus misiones, la primera en 1596, siguiendo el modelo de las comunidades guara-

pero ninguno de los pueblos y ciudades del siglo XVI se llamaban aztecas. Dicho nombre se generalizó hasta el siglo XIX, y ha recibido distintas y aun contradictorias acepciones.

⁴ Palabras atribuidas a Íñigo Onaz de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús en 1540, quien se convirtió en el primer General de la orden y fue elevado a los altares como San Ignacio de Loyola. Oficialmente, la orden fue reconocida por la Iglesia el 14 de marzo de 1543.

Visión de los indígenas...

níes que había tenido gran éxito en Sudamérica, aunque enfrentados a circunstancias muy diferentes. Las características de los indígenas de aquellos lugares habían favorecido la existencia de las fundaciones jesuitas porque eran sedentarios, se dedicaban a la agricultura y como vivían con el temor de ser reducidos a encomiendas o esclavizados por los *bandeirantes* portugueses fueron dóciles a la acción de los misioneros. Por su parte, éstos respetaron su organización familiar y algunos particularismos de su religión, tales como ritos, ceremonias tradicionales, formas de gobierno y defensa; en fin, lograron aceptar la cultura indígena y en lugar de aplastarla, cuidaron de ella y la hicieron florecer.

En contrapartida, en el actual Noroeste mexicano, para llevar a cabo su plan apostólico, los jesuitas redujeron al principio con ayuda de los militares, a algunas tribus nómadas congregándolas alrededor del edificio de la iglesia y de la pequeña casa del misionero. Los centros misioneros estaban situados por lo general, en espacios desolados, agrestes y hostiles, de tierras pobres y calores excesivos, donde algunos indígenas permanecían por un breve tiempo, sólo porque se les vestía y alimentaba gratis, pero, al menor descuido, volvían a sus nativos montes y serranías o alquilaban su fuerza de trabajo en los cercanos pueblos de españoles:

[...] y este amor del ocio los tiene pobres y necesitados a que su padre maestro [el misionero] los mantenga en la mayor parte de comida y vestido, si quiere que asistan a la enseñanza de la doctrina y cristiandad en sus pueblos [las misiones], y que no vaguen por los placeres de oro y reales de minas, donde en poco tiempo se olvidan de ella y de lo que con imponderable trabajo por largos años se les había enseñado, y aprenden a pocos días los vicios que ignoraban en los pueblos. Y no es esto lo peor, sino el que los que una vez prueban la vida licenciosa en tales parajes, rara vez vuelven a los pueblos y aún entonces son en ellos la levadura del demonio. (Nentuig 66)⁵

Las misiones estaban sujetas al derecho común y bajo el cuidado y gobierno de la orden religiosa que los atendía. Los jesuitas enseñaron a organizarse a los indígenas, tanto civil como militarmente: por un lado, estableciendo un gobierno civil compuesto por funcionarios indígenas nombrados en elecciones populares democráticas (“Introducción”, *El rudo ensayo* 7); por otro, y en vista de las rebeliones indígenas y los continuos ataques de seris y apaches, organizando en forma jerár-

⁵ Las citas de este texto están tomadas de Juan Nentuig. *El rudo ensayo. Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*. México: Secretaría de Educación Pública/ Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1977.

Marina Martínez Andrade

quica su propio ejército: un capitán de guerra, con sus tenientes, alférez, sargentos, cabos y tropa, todos indígenas, cuyas actividades principales eran proteger a la misión y al misionero, servir de escolta a los viajeros y ayudar a contener las rebeliones vecinas (8).

Con el fin de solventar la economía de sus comunidades, los misioneros jesuitas decidieron estructurarlas como empresas agropecuarias autosustentables, de modo que constituían verdaderos centros agrícolas en los cuales se enseñaban nuevos cultivos y nuevas técnicas de producción, además de dar gran impulso a la ganadería; obviamente, sin dejar a un lado sus afanes evangélicos y más bien para que éstos tuvieran éxito, pues pensaban que su tarea no sólo era pacificar y evangelizar a los indios, sino también proporcionarles una nueva forma de vida y hacerlos prosperar.

De esta manera, los jesuitas crearon comunidades de fe, trabajo, paz y justicia. Las etnólogas Nolasco, Martínez, y Flores subrayan la múltiple funcionalidad de las misiones jesuitas, a saber: “evangélica, económica y de aculturación” (8). El misionero y sus ayudantes indígenas se ocupaban de tener aperos de labranza siempre listos, guardar la semilla para la siembra, y cuidar de la subsistencia de viudas, huérfanos, enfermos y baldados. Con el objetivo de extender la obra de evangelización, y en vista de que las contribuciones del Virreinato y la Corona les llegaban fortuitamente, adoptaron la táctica de sostener la fundación de nuevos centros misionales con el producto de su propio trabajo, y únicamente cuando los ya establecidos eran seguros y prósperos.

Siendo una de las órdenes más preparadas en el campo intelectual, poseedores de una rica cultura humanista, los jesuitas comulgaban con las ideas utopistas de la época. Quizá con base en Tomás Moro y Vasco de Quiroga, concibieron su propia utopía: la utopía cristiana, la utopía de la creación de la ciudad de Dios en la tierra, que al dar origen al mito del Estado o República Jesuita, a la larga resultó nefasto para el futuro de la Compañía.

El padre Nentuig

Originario de Glatz, Checoeslovaquia, Juan Nentuig llegó a Sonora durante la segunda mitad del siglo XVIII, donde permaneció poco más de quince años como misionero entre la Pimería Alta y los ópatas, más con los segundos que en la primera. Los datos que se poseen sobre su vida son escuetos y a veces confusos. Nentuig nació en 1713. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1734 y arribó a Nueva España en 1749 o 1750, encargándose inmediatamente de la misión de San Javier

del Bac. Viajó luego a Mazatlán, un pueblo de españoles donde se le consideró como fundador de dicha ciudad.⁶ Trabajó en las misiones de Saric, Santa María de Suamca, Tecoripa y Huásabas. A la última misión llegó en 1760 y ahí permaneció hasta 1767 en que fue hecho prisionero. Murió en septiembre de 1768 en Ixcatlán del Río, Nayarit. De su obra se han publicado varias cartas, *El rudo ensayo*, y un mapa de Sonora (Almada 104-105).

Los misioneros jesuitas tenían obligación de rendir informes a sus superiores de todas las casas, colegios y misiones entre los indios (denominados *cartas anuas* o *anuas*) que a su vez eran remitidos al Padre General en Roma.⁷ En el caso de Nentui, el mismo Virrey, conociendo seguramente las dotes intelectuales del silesio, atendía con particular interés la lectura de sus trabajos. Motivados tal vez por las asombrosas novedades y continuos cambios de que eran testigos, algunos misioneros aparte de los informes, escribieron relatos de sus trayectorias de viaje, memorias y descripciones, tanto de la obra misional como del medio en que ésta se insertaba; lo hacían —según Ignaz Pfefferkorn, otro gran misionero jesuita— con el fin de “darle a conocer al público tan ávido de información concerniente a tierras lejanas e instructivos viajes; *no una aventura ficticia sino una historia útil y sustanciosa*” (37. Énfasis mío).

Así surgieron los valiosos “escritos jesuitas”, de excepcional interés para conocer la historia, la etnología, la naturaleza, las relaciones sociales y políticas de la zona Noroeste de México, así como el sistema de misiones de la orden y la práctica escritural de la literatura de viajes durante el siglo XVIII en México. Destacan los textos de Andrés Pérez de Ribas, Eusebio Kino, Ignaz Pfefferkorn

⁶ Nuño de Guzmán fue el adelantado español quien llegó al Noroeste de México en las primeras décadas del siglo XVI. Fundó Culiacán y después se dirigió a Mazatlán (topónimo de origen náhuatl que significa: lugar donde abundan los venados, de *mazatl*: venado y *tlan*: locativo), pero al saber que Hernán Cortés andaba cerca de las playas y temiendo ser despojado de su hallazgo, dejó en el lugar a unos 25 castellanos con el objetivo de colonizarlo, sin que éstos alcanzaran a cumplir del todo su cometido, porque tenían que enfrentarse a los constantes embates de los indios y de la naturaleza. Sin muchos avances transcurrieron casi 200 años en la vida de aquel pueblo, con cuyos descendientes fundó Nentui la ciudad —unos dicen que en 1751, otros que en 1764—, la que, a fines del siglo XVIII, llegó a transformarse en un floreciente e importante puerto.

⁷ Desde la llegada a México de los jesuitas en 1572 hasta 1654, dichos informes eran anuales, y por ello llamados *cartas anuas* o simplemente *anuas*; de 1654 en adelante, se continuaron rindiendo sólo con motivo de la celebración de congregaciones provinciales —cada tres, seis o más años—, por lo que evidentemente estos documentos resultaron todavía más compendiosos y valiosos que los anteriores (Burrus 9, n. 1).

Marina Martínez Andrade

y Juan Nentuig, sobre cuya obra versa el presente artículo. Si bien el objetivo de los misioneros no fue expresamente el de hacer literatura de viajes, sus escritos pueden ser leídos de tal forma, que es la que particularmente persigo, considerando en primer lugar, que dichos textos se definen de forma diferente según el momento histórico en que surgen y, en segundo, que su característica hibridez, lograda tanto por los géneros como por los discursos que acogen, permite que adopten diversas formas literarias, entre ellas la del ensayo.

En el siglo XVIII se acentúa el efecto de realidad sobre el ficcional en los libros de viajes y, en algunos de ellos, la literatura y la ciencia van de la mano y se unen inevitablemente al espacio y su superación. *El rudo ensayo* aparte de su interés primordial por la evangelización, lo tiene por la ciencia, los indígenas, y la historia civil y religiosa de la región. Se ocupa de una cultura lejana, extraña e insólita para el espíritu europeo y está marcado por la percepción de una alteridad étnica, cultural y social de la que me ocuparé más adelante, de manera que transmite: “un modelo de experiencia puesto en escena y apto para la apropiación de formas perceptivas de elementos culturales extraños —aunque no sólo de éstos—” (Ette 15).

Los viajeros del siglo XVIII, imbuidos del espíritu de la época, escribían sus textos conscientes de que éstos, lo mismo que sus viajes, tenían de manera predominante una función utilitaria, por lo que se supeditaban a la misión de informar, pues en dicho siglo:

El viaje tiene [...] fundamentalmente, un objetivo científico, engloba una serie de conocimientos universales: la geografía, la arqueología, la historia, las costumbres. Se viaja para explorar: explorar el mundo físico, el mundo social, el mundo moral. (Pierini 29)

El viajero escritor se veía a sí mismo como un instrumento “al servicio de” la Ciencia, el Estado, un gobierno o una orden religiosa, lo que explica la renuencia del padre Nentuig a presentarse como un ser biografiable; es más, ni siquiera se detiene, como otros viajeros, en dar pormenores de sus desplazamientos de España a la Nueva España, y de la Ciudad de México a Sonora, los que debieron estar cargados de aventuras y sorpresas. Como hombre de la Ilustración, no se permite la efusión de lo personal: sus observaciones, juicios, advertencias y prevenciones, por lo general, van encaminados a la consecución de una empresa espiritual común, la de la evangelización, que pone al servicio de Dios y del Rey, como lo muestra cuando al principio de *El rudo ensayo*, en lugar de su nombre, escribe: “Por un amigo del Servicio de Dios y del Rey Nuestro Señor” (37).

El rudo ensayo

Como resultado de su experiencia en las misiones y para dar cuenta de ésta, Nentuiig escribe —entre 1762 y 1763— *El rudo ensayo*, en el cual emprende, como lo indica el subtítulo de una de sus versiones, la *Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*.⁸ El primer problema planteado por el texto es la razón de su título: ¿por qué ensayo? y ¿por qué rudo?

El ensayo es un género literario, cuyo origen se encuentra en 1580 con los *Essais* de Michael de Montaigne; el vocablo ha sido empleado para designar obras muy heterogéneas, tales como escritos políticos, médicos, filosóficos, geográficos, científicos, literarios y un largo etcétera. El hecho de que Nentuiig utilice dicho término en el título, muestra su conocimiento y manejo del género, y su *aggiornamiento* dentro de la tradición cultural europea de la cual provenía.

Metidos de lleno en la lectura del ensayo podemos inferir que su autor participaba del espíritu experimental de la época. Sus descripciones geográficas y biológicas, y los mapas que anexa, hechos por su propia mano, hacen patente su preparación y vocación científica; asimismo se aplica a la observación de la realidad social, política y económica que lo rodea, no sólo de los indios y las misiones, sino de los españoles, los reales de minas y los presidios fronterizos, y aun de las formas de vivir la religión católica “en tierra de indios”.⁹ De esta manera, el ensayo del jesuita se relaciona con una nueva apreciación y acercamiento a la realidad americana, que experimenta nuevos temas y nuevas ideas en su conocimiento y representación.

Si bien circunscrita a una región específica, llama la atención que Nentuiig haya escrito su obra antes que el barón de Humboldt produjera su célebre *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, publicado en 1811 en París; asimismo sorprende que el silesio al igual que el prusiano, coincidan en haber aplicado los métodos del conocimiento ilustrado a la observación de la realidad, por lo que

⁸ La obra fue escrita entre 1762 y 1764, cinco años antes de la expulsión de los jesuitas. La primera edición data de 1856, en la serie Documentos para la Historia de México. Comp. Joaquín García Icazbalceta. México, 1856.

⁹ Los presidios fronterizos y las misiones religiosas, hechas distintivas de la guerra y la paz, fueron las dos instituciones más famosas, estables y definidas en el Noroeste de la Nueva España. Eran los primeros una especie de fuertes o simples guarniciones, amuralladas o no, una de cuyas finalidades fue la de contener los ataques de las tribus guerreras, básicamente seris, janos, jocomes y apaches. Originalmente las misiones fueron por necesidad anexas a los presidios y sujetas a los capitanes encargados de la pacificación de los indios.

Marina Martínez Andrade

bien podría aplicarse a la obra del primero, lo que José Miranda ha expresado respecto a la del segundo: “[se trata de] una aplicación genial a la realidad americana de las ideas originales o nuevas creadas por otros durante la época de la Ilustración” (212).

Por otra parte, el adjetivo *rudo* me parece que sintetiza, por un lado, las dificultades encontradas por el padre Nentuig en su tarea de evangelización y, por otro, lo arduo de la producción del ensayo; ya que aparte de su escritura, debía encargarse de la administración y cuidado de las almas, y de las tareas económicas y de aculturación, endurecidas por la situación y clima de la región, más el pesado estudio de un idioma extraño, las penurias de lo preciso y lo necesario, sin contar las discordias suscitadas con los españoles residentes en pueblos cercanos, y con los curas seculares que tenían a su cargo las parroquias y vivían en perpetua competencia con los misioneros.

ORGANIZACIÓN DE LA OBRA

Se inicia *El rudo ensayo* con la explicación del significado de la palabra Sonora y la noticia de su extraordinaria riqueza en oro, plata y otros minerales preciosos:

De la etimología y origen de este nombre, Sonora, aunque no hallo cosa cierta [...] me inclino a pensar que por lo mucho que ha sonado en México, y aun en Europa, su prodigiosa riqueza se haya merecido el nombre [...] Y aún ha subido y mejorado tanto su sonido, cuanto le gana el del oro al de la plata, pues *a la presente, casi no se halla parte alguna de esta provincia que no ofrezca muy en la superficie de su terreno este precioso metal, a quien tiene paciencia de sacarlo, y apartar su grano y polvo del de la tierra, la que toda parece ser un manantial inagotable y criadero perenne de oro, plata y minerales.* (38. Énfasis mío)¹⁰

¹⁰ Mediante la noticia subrayada en la cita, Nentuig refuerza el mito de “El dorado mexicano”, que a su vez intensificó en estadounidenses y europeos el deseo de viajar a la Nueva España con la intención de apropiarse de tales tesoros, deseo que sólo pudo realizarse hasta después de la Independencia mexicana, cuando se les abrieron las puertas del país. A pesar de que todavía en el siglo XVIII se descubrieron en los sorprendentes parajes sonorenses planchas de metal y enormes pepitas de oro, evidentemente hay un tratamiento hiperbólico de la información que se manejaba al respecto; autores como Humboldt, a finales de siglo, harán numerosas observaciones que relativizan y atenúan los juicios sobre estas riquezas.

A continuación, el enunciador del texto en primera persona, mediante la combinación de relato y descripción, distribuye en diez capítulos todo lo relativo a esta región, a sus habitantes naturales y a la obra misional emprendida por los jesuitas.

En los capítulos I y II expone: la situación, términos y confines territoriales de Sonora, y sus recursos materiales e hidráulicos; III y IV: continúa con los recursos naturales: calidad del terreno, temple y fertilidad, plantas, animales y sus usos y cualidades, incluye un inventario de las plantas medicinales existentes y su aplicación en la cura de diversas enfermedades; V y VI: describe las distintas etnias que pueblan esta provincia: ópatas, eudebes, jovas, pimas altos y bajos, seris y apaches: sus lenguas, creencias, genio, carácter, ritos, costumbres y ceremonias; VII y VIII: informa sobre las misiones cultivadas por la Compañía Jesuita, las iglesias existentes y el gobierno eclesiástico y político de la región; IX: proporciona una relación de poblaciones de españoles, reales de minas, presidios fronterizos, curatos, iglesias, parroquias y feligresías; y X: expone la forma de evitar la ruina de Sonora, considerada por el relator como el mayor peligro que habrá de afrontarse, y que parece ser el objetivo principal o una buena justificación de la escritura del libro.

EL ENCUENTRO CON EL OTRO

Un momento privilegiado de la literatura de viajes es el descubrimiento que el yo hace del *otro* y el *lugar otro*, que constituyen la razón del viaje, el por qué se realiza y el motivo por el cual se narra. Pero, este encuentro puede refractarse en múltiples direcciones; por ejemplo, aquélla en que el otro-los otros, al resultar muy diferentes al yo, al nosotros, son considerados como seres exteriores y lejanos, “tan extranjeros que, en el caso límite —apunta Todorov— dudo en reconocer nuestra pertenencia común a una misma especie” (13). Al respecto, basta recordar las grandes disquisiciones en torno a si los seres del Nuevo Mundo eran o no humanos o si tenían o no alma.

Las imágenes a través de las cuales el autor proporciona una visión de los indígenas en *El rudo ensayo* asumen una posición central en la estructura del texto, por lo que constituyen un elemento fundamental en su estudio y análisis.¹¹ En su trabajo de evangelización el misionero establece contacto con una cultura

¹¹ Imágenes en el sentido que tienen para la imagología que incluye además de éstas, prejuicios, clichés, estereotipos en que se trasminan impresiones y prejuicios del autor, tanto personales, como

Marina Martínez Andrade

diferente o con varias, como se verá más adelante. Lo guía su intención de formar buenos cristianos y vasallos del Rey de España, por lo que sus intereses religiosos se entretajan con los territoriales, económicos y militares; estableciéndose un contacto de carácter asimétrico entre él y los indígenas.

Por lo general, los europeos, siguiendo sus parámetros occidentales, catalogaban a los habitantes de las nuevas tierras como bárbaros y salvajes. Es prueba de lo anteriormente dicho la crítica que hace Michael de Montaigne al respecto, en su ensayo titulado “De los caníbales”:

En verdad no tenemos otra medida de la verdad y la razón sino las opiniones y las costumbres del país en que vivimos y donde siempre creemos que existe la religión perfecta, la política perfecta y el perfecto y cumplido manejo de todas las cosas. Aquella gente es salvaje en el sentido en que salvajes llamamos a las frutas que la naturaleza espontáneamente ha producido, mientras que en verdad las realmente salvajes son las que hemos desviado, con artificio, de lo común. Las otras tienen más vivas y vigorosas sus auténticas y útiles virtudes y propiedades, que nosotros hemos desvirtuado para acomodarlas a nuestro gusto corrompido. (156)

Mas la otredad no puede limitarse a constatar las simples diferencias, ya que éstas siempre surgirán al compararse unos seres con otros. Esencialmente la otredad se liga a la experiencia de la extrañeza, que conduce a la descripción de los paisajes y los climas, las plantas y los animales, las formas, los colores, los olores, las potencias y sus aplicaciones y, sobre todo, de los hombres; porque, de acuerdo con Esteban Krotz,

[...] solamente la confrontación con las particularidades hasta entonces desconocidas de otros seres humanos —idioma, costumbres cotidianas, fiestas, ceremonias religiosas o cualquier otra cosa— proporciona la verdadera extrañeza. (57)

VISIÓN DE LOS INDÍGENAS

La ordenada exposición que hace el enunciador de *El rudo ensayo* de todo aquello que le resulta extraño es producto de su gran capacidad de observación,

generales de su época; así, “el encuentro con el otro asumirá el aspecto de una expectativa y revelará una imagen con la cual el ‘otro’ y el ‘lugar otro’ se definen y se narran” (Nucera 244).

Visión de los indígenas...

organización y convincente testimonio de vida entre los indígenas, pero también de los relatos y experiencias de otros sacerdotes jesuitas, de los mismos indígenas, de españoles residentes en poblaciones cercanas al centro misional y hasta de algunos militares. En los capítulos cinco y seis Nentwig concentra su visión de los otros, empezando por explicar las diferentes etnias que pueblan la región:

[...] son dos las “naciones” principales que pueblan la Sonora [naciones, porque en este Nuevo Mundo se llaman así los grupos humanos que hablan idiomas diferentes]: [...] a saber *ópata* y *pima* [...] a la *ópata* se pueden reducir *eudebes* y *jovas* [...] Los *pimas bajos* usan del mismo idioma con los *altos*. (65)

También se hallan en el territorio de esta provincia los *seris*, a los cuales el narrador se resiste a incluir entre los habitantes de esta comarca, debido a “su sangriento furor” que los iguala a los *apaches*;¹² por lo que considera que, juntos *seris* y *apaches*, resultan ser los “más crueles enemigos y desoladores [de la región], y por este motivo se tratará de ellos de propósito más adelante.” (67). Pasa después a explicar el genio y carácter de los indígenas, procediendo de lo general a lo particular, aunque de entrada aclara que lo primero por su variedad parece indefinible, frase que corrobora su gran capacidad de observación, que le hacia distinguir con claridad las peculiaridades de cada etnia.

En lo concerniente a los aspectos generales, menciona cuatro bases o soportes alrededor de los cuales gira y se mueve toda la vida de los indios:

Estriba su índole sobre cuatro basas [o cimientos] una más ruin que la otra y son: *ignorancia*, *ingratitude*, *inconstancia* y *pereza*, éstas son puntualmente los quicios en que se gira y mueve toda la vida del indio. (65)

Que, por cierto, comenta, son muy parecidas a los principios que guían a los naturales del Orinoco, según lo menciona el padre Gumilla en su libro *El Orinoco ilustrado*, cuya referencia es muestra de la rica intertextualidad que subyace en *El rudo ensayo*.¹³

A continuación se detiene en explicar cada una de dichas basas:

¹² Aparte de los *apaches*, habría que agregar *janos* y *jocomes*, y otras tribus nómadas que vagaban por esas tierras en busca de caza o de guerra.

¹³ El libro de José Gumilla, S. J. titulado *El Orinoco ilustrado, y defendido, historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes. Gobierno, usos y costumbres de los indios, sus habitantes, con nuevas, y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceytes, resinas,*

Marina Martínez Andrade

Su *ignorancia* obliga a que en todo se consideren y traten, sin agravio de sus canas (que quizá por esto rara vez o muy tarde suelen asomar entre ellos), como párvulos.

Su *ingratitude*, a que se arme quien quisiere hacerles algún bien, con la recta intención de hacerlo puramente por Dios, porque si de ellos espera agradecimiento pierde ciertamente principal y ganancia al primer embate de alguna repulsa.

Su *inconstancia*, a que sus padres ministros, jueces políticos y oficiales militares estén en continua centinela sobre sus movimientos, mayormente de los nuevos en la fe, porque un solo mal contento o altivo engreído como un Luis de Saric con créditos de hechicero, basta para sublevar una nación entera, y lloramos hasta hoy las infaustas consecuencias de la que urdió el dicho año de 1751, cuyas reliquias, coaligados con la cruel nación seri, tienen aun las reales armas en perpetuo movimiento.¹⁴

Su *pereza* y horror a todo trabajo es de suerte que no bastan exhortaciones ni ruegos, ni aun la amenaza del castigo por sus justicias, para que a costa de algún sudor procuren el necesario sustento, labrando sus propias tierras, y este amor del ocio los tiene pobres y necesitados a que su padre maestro los mantenga en la mayor parte de comida y vestido. (65-66)

Puede observarse en los fragmentos anteriores que el autor de *El rudo ensayo* describe las debilidades del comportamiento indígena desde su mentalidad europea que deja traslucir su gran incompreensión y aun rechazo hacia los indios, a quienes tacha de flojos porque pretende medir su trabajo en términos de productividad, y de ingratos porque le falta sensibilidad para percibir las expresiones de gratitud entre ellos. Acaso sin proponérselo, hace suyos una serie de estereotipos surgidos entre los extranjeros para referirse a los indígenas, contribuyendo así a la difusión de la imagen estigmatizante y difamatoria que ha perdurado por siglos en la que, por ejemplo, los tópicos enfilados a caracterizar tanto a los antiguos como a los actuales habitantes de México, en especial a los pertenecientes a las capas

yerbas, y raíces fue publicado en 1745 en Madrid por la Editorial Manuel Fernández. Existe una edición realizada en Venezuela, 1963, por la Academia Nacional de Historia.

¹⁴ Luis de Saric o Luis Oapicaguiga era capitán de guerra del pueblo pima de Saric, cuando, molesto por los abusos de los misioneros y la penetración de rancheros y mineros españoles a tierra de indios, encabezó la sublevación de 1751, que quedó fija en la memoria de Nentuig porque la sufrió en carne propia. Al respecto relata que durante este ataque, los pimas comandados por Saric: “a los padres Jacobo Sedelmayr y padre rector Juan Nentuig asaltaron por dos días la casa del misionero de Tubutama, hasta dejarla con su nueva y alhajada iglesia reducida en cenizas” (78).

Visión de los indígenas...

indígenas y populares, han sido la indolencia, la incapacidad, el desorden, el falso orgullo, el fanatismo, la intolerancia, la crueldad y la barbarie.

Posteriormente enumera una serie de características generales, en cuanto son constantes y comunes a todas las etnias de la región, de manera que va describiendo y/o comentando cada cuestión o bien contando pequeños relatos para ilustrarla, por ejemplo, nos dice que:

Los indios son supersticiosos y consultan a los hechiceros; a quienes —por lo útil que les resulta, así en la propina como en el miedo que infunden en sus parientes— no les pesa ser tenidos por tales: [...] para ejercitar su oficio con los dolientes, se previenen de antemano con piedrecillas, carbones, raíces de zacate parecidas a gusanos, etc., lo traen todo oculto y en llegando empiezan a soplar al enfermo, y con unas plumas grandes a hacerle aire como cuando espantan las moscas, y a chupar al doliente la parte adolorida, metiendo con algún disfraz algo de lo arriba dicho en la boca, y en acabando de chupar lo sacan y enseñan al enfermo diciéndole: esto es lo que tenía malo, lo arrojan a la lumbre que no ha de faltar en la casa del doliente aunque haga el calor que hiciere. (67-68)

Más adelante, explica el narrador descriptor que ninguna de estas naciones tiene lenguaje escrito y son muy pocos los que han aprendido a leer y escribir el español; de modo que, comparados con ellos, los niños apaches resultan más despiertos para realizar dichas actividades. Precisamente —comenta— la falta de lengua escrita y “aún la de aquellas figuras, sartas y cuentas que equivalían en alguna manera a las letras en la República Mexicana, Inca y otras” (67) es causa de que no existan en estas culturas memorias de la antigüedad, y que éstas se transmitan sólo oralmente de padres a hijos en forma confusa y desfigurada.

Además —expresa en forma graciosa e irónica— les gusta andar con secretos, de forma que:

[...] por más que uno cautele su intención y pretexto otro achaque, no dirán cosa en que no sean sobrecogidos, y aún en tal caso no se les entenderá más de lo que aprendió la vista, porque antes soltaran el alma que su secreto, *secretum meum mihi* etc., Is. 24.16 (sic)... y suelen ser de tal importancia las ridiculeces que tienen con la religión de misterios, como los que guardan los niños con los nidos de pájaros que se han hallado. (67)

Lo bueno —expresa con cierta ingenuidad— “es que no han sido ni son, ni tienen propensión a ser idólatras, aún comprendiendo a los seris y apaches” (67),

Marina Martínez Andrade

pues si tienen devoción por el diablo (*diabro*) —los justifica— es más por miedo y estupidez que por inclinación, puesto que antes de la llegada de los españoles ni siquiera conocían su nombre:

[...] si los indios tuvieran trato o lo hubieran tenido, no hay duda [que] supieran como se llama [el diablo] y tuvieran nombre con que apellidarle en su idioma, más claro está y es muy sabido a los que se han hecho dueños de sus lenguas que tal palabra no se halla en alguna de las que corren en esta provincia; desde luego, podemos concluir que en su gentilidad no conocieron al enemigo del género humano. (67)

Se muestra orgulloso de que los habitantes de Sonora no sean tan borrachos como en otras naciones, porque si bien los pimas todavía lo son, entre ópatas y eudebes las borracheras se han desterrado por diligencia de los padres ministros. Por otra parte, juzga que las ceremonias de “sus gentílicas bodas” no son para contarse, por lo que se limita a describir las más decentes:

[...] primero, juntos, grandes y pequeños, ponen a los mocetones y mujeres casaderas en dos hileras, y dada una señal emprenden a correr éstas; dada otra siguen la carrera aquéllos y alcanzándolas, ha de coger cada uno la suya de la tetilla izquierda, y quedan hechos y confirmados los desposorios. Acabado este preámbulo se ponen a bailar, y según me acuerdo haber oído, los novios y novias en traje de la primera inocencia. A su tiempo, como ya tienen para cada par de novios prevenidos dos petates o esteras de palma, sin más ceremonia que la dicha, los meten entre sus dos esteras a cada par, y los demás prosiguen a festejarlos con sus danzas y cantares hasta que amanece o se cansan, aunque sólo en esto son incansables. (69)

y continúa con la exposición de la forma en que los indígenas realizan las ceremonias en torno a nacimientos, bautizos, entierros, guerras y demás.

Verdaderamente le resultan extraños estos indios al misionero jesuita, como también debieron parecerlo a sus lectores contemporáneos:

[...] no solamente en cuanto al hemisferio que pisan, sino en cuanto a la república moral de sus costumbres, inclinaciones y propensiones, *son totalmente antípodas estos indios americanos al resto de las gentes*. (66. Énfasis mío)

Visión de los indígenas...

Sin embargo, tiene fe en la gran obra misionera y civilizatoria de la Compañía de Jesús, de modo que su balance de la situación resulta positivo:

Pero aunque tan eriaza [incultos], como está dicho, tienen su racionalidad con todo a la incesante labor de la enseñanza, se va poco a poco desarraigando la maleza, hasta que se formen repúblicas no sólo políticas en cuanto cabe en tales genios sino aun cristianas. (66)

Nentuig está convencido de que dicho objetivo se ha ido logrando sobre todo con ópatas y eudebes —en esto es muy insistente— que son tanto los más aplicados al culto de sus tierras y cría de ganado, como los más instruidos en los misterios de la fe católica y los más leales al Rey. Esta opinión es comprensible si se toma en cuenta que con dichos grupos indígenas pasó la mayor parte de su vida como misionero y, por tanto, los conoce más que a los otros:

Los ópatas y algunos de los eudebes, aunque algún grado menos respecto de los demás indios, son como las gentes de las villas respecto de los aldeanos: pues aunque siempre quedan indios, con ellos finalmente prevalece la razón; y así son entre los demás los mejores. (74)

Con la descripción de los ópatas, el misionero inicia el relato de las particularidades observadas en cada uno de los distintos grupos étnicos: costumbres de vida, división del trabajo, artefactos, ceremonias, creencias, organización social e inclusive conocimiento de sus reacciones psicológicas, que otros misioneros jesuitas fueron menos capaces de advertir. El enunciador muestra un buen conocimiento del lenguaje ópata, al emplear términos del mismo para referirse a algunos elementos culturales, por ejemplo, la frase *seporema denithui* que significa “quizás dices verdad” (67), con la que expresan su duda y desconfianza ante todo lo que no han visto con sus propios ojos, sobre todo en lo tocante a los artículos y misterios de la fe católica. Sin embargo, también fustiga sus defectos o lo que percibe como defectos, de los que espigo algunos a continuación.

Por ejemplo, llama la atención que considere como absurdas e infantilmente ingenuas las reacciones de los indígenas ante la lluvia, con lo que se muestra incapaz de captar la alegría y agradecimiento que ellos manifiestan por el bien recibido:

En las tempestades, cuando más asusta el estruendo de truenos y rayos a las gentes cuerdas, estos indios se alegran, se regocijan y saltan de placer; lo cual

Marina Martínez Andrade

aunque lo he visto entre estas naciones muchas veces, *no he podido averiguar cuál sea el motivo de su tan intempestivo júbilo*. (68. Énfasis mío)

Censura la relación que establecen con sus dirigentes naturales, como aquélla en que un viejo se pone a predicar sus antiguas hazañas reales o ficticias y las recita toda la noche hasta que acaba ronco o pierde el aliento; todo esto acompañado de bailes y cantos “tan luctuosos y lúgubres como el sermón”, que a él le parecen actos diabólicos, sin advertir su enorme valor ritual e inclusive literario.

Por otra parte, se escandaliza aunque se interesa por la sexualidad desinhibida de los matrimonios ópatas y, en lo relativo al entierro de sus muertos, desapruaba la costumbre de poner las pertenencias personales del recién fallecido en la tumba: ajuar, bastimento, pinole, olla de agua, quelites, etcétera; asimismo se muestra en contra de su resistencia al cambio, pues, si por un lado, elaboran bellísimos tejidos, comparables —hasta cierto punto— con los finísimos encajes de Alemania, por eso mismo llamados *alemaniscos*, por otro, le causa fastidio que se opongan al mejoramiento de las técnicas de tejido y otras que signifiquen ahorro y progreso:

No gustan los indios generalmente de tal ahorro, cuando éste haya de conseguirse por medios que ellos no han practicado. Lo propio sucede con todas las demás maniobras de ellos, como en el modo de cultivar la tierra, voltear y limpiarla, sembrar y cosechar, pudiendo con una vuelta dejar hecha la mejor cosa de los que a su modo la hacen, con cinco o seis viajes; pero no hay que lidiar con ellos en ésta para sacarlos de su paso, paciencia tienen para cansar antes a todo el mundo. (74-75)¹⁵

En cuanto a las capacidades de los indígenas, subraya la destreza con que tañen instrumentos musicales y el talento que muestran para aprender varios oficios mecánicos, como son los de sastre, carpintero, herrero, cantero y albañil: “Y conozco varios ópatas y eudebes —presume— que los saben todos juntos y otros más, hasta nueve” (75).

Al pasar a la descripción de pimas y seris su observación es más restringida, limitándose a enumerar las regiones que habitan y los subgrupos en que se dividen

¹⁵ Sin embargo, está complacido con los pimas, que recientemente se habían convertido, por su disponibilidad comparativa para adoptar nuevos mecanismos de ahorro de tiempo que quizá sea equivalente a una mayor capacidad de aculturación.

(4), algunos datos históricos, las armas que emplean, las tácticas de guerra y los rasgos de su carácter, lo cual hace pensar que en este caso se guía más por estereotipos que por el conocimiento y trato directo con dichas etnias. Sus juicios sobre los pimas resultan particularmente severos y contrastan con la percepción que de ellos tuvo el padre Eusebio Kino.

Al respecto considera que los pimas bajos no obstante ser los primeros cristianos que se hicieron en esta provincia, todavía “tienen mucho de malezas que desarraigar; y con lo malo es que les falta docilidad para el remedio que necesitan”, y que la Pimería Alta es la más inestable, agreste, terca y apegada a sus abusos, supersticiones, borracheras y bailes indecentes. Y es la menos leal de todas; por lo que mientras no sean reducidos y adoctrinados nunca habrá seguridad con ellos (76-79).

En cuanto a la nación seri, piensa que es la menos poblada pero la más cruel e indómita de todas. Siempre han sido indóciles y rebeldes a la ley de Dios, y los diversos intentos para contenerlos han fracasado; por lo que recomienda no creer en ellos, cuando suelen hacerse los inocentes:

[...] y ya sabemos cuán ingeniosa se hace la estupidez del indio para colorear sus delitos, a que parezcan inocencias las más sencillas y puras, cuando hallan credulidad que los escuche, por más facinerosos que sean, y cogidos con el *corpus delicti* entre manos. (82)

El día de hoy —relata Nentuig— no obstante haber sido vencidos en distintos enfrentamientos, andan tan soberbios que rechazan cualquier partido que se les ofrece, y se han confederado con los pimas altos:

Y si no se limpia del todo la tierra de estas cuadrillas unidas, *seris* y *pimas*, por pocos que queden nunca se conseguirá la paz; pues nunca faltan malos en los pueblos que para escapar la pena que temen, se pasarán a ellos, y será un seminario de ladrones y homicidas sin término ni fin. (82)

Por último se detiene en los apaches, a quienes —confiesa— conoce poco, pero trata de ellos en su libro para dar a los lectores las noticias que ha adquirido “y con ellas algunas luces con que se pueda discurrir más fácilmente sobre el remedio de los daños inestimables que causa este enemigo, en casi toda esta provincia y precaver su última ruina” (82). Así, se refiere a los confines de las tierras que habitan e indica que su número y fuerzas son incalculables; describe

asimismo su vestuario, sus armas y formas de ataque; aunque son nómadas, señala algunos puntos donde suelen establecerse temporalmente y aprovisionarse de maíz, comida y vestimentas; en estos lugares —comenta— el trabajo descansa sobre las mujeres, mientras ellos se ocupan de cazar y divertirse:

[...] todas son andantes [sus rancherías], que hoy están en una parte, mañana en otra, conforme a las cosechas que se les ofrecen, ya de tunas, ya de dátiles, ya de mezcales, etc., a excepción de algunas partes del Xila y río de San Francisco, como también en las vertientes de la sierra de la Florida y otras donde suelen sembrar sus maíces las mujeres, porque buscan la comida y prevenirla, y aun curtir los cueros de caballos, venados, etc., hacer sus coletos, calzones y zapatos de las gamuzas es tarea de ellas, pues los hombres estando en sus tierras no cuidan de otras cosas sino de cazar y divertirse. (83)

Termina su descripción de los apaches diciendo que éstos son sumamente peligrosos por su manera bárbara de proceder en asaltos, incendios, robos y asesinatos unida a sus crueldades y salvaje manera de vivir.

En lo anteriormente expuesto, se recoge lo esencial de la visión de los indígenas transmitida en *El rudo ensayo*, pues como dice Nentuig —hablando de los pimas, con aguda ironía—: “si se había de escribir todo lo que ofrece, era menester ensangrentar la pluma, lo que es mi deseo evitar en cuanto se pueda, sin faltar a la verdad y sencillez de mi corto ingenio” (79). Si bien quedan varios aspectos por comentar, se alcanzan a perfilar algunos posibles lineamientos concebidos por el misionero jesuita que tienen como objetivo orientar el futuro trabajo de evangelización de los indígenas, tales como el mejoramiento de la tecnología, la erradicación de todas las ceremonias nativas, la sustitución de los líderes oradores de la comunidad por el misionero y la supresión de expresiones sexuales abiertas.

La actitud positiva y visionaria del misionero jesuita contrasta con el terrible rechazo, resentimiento y dureza que en ocasiones muestra hacia ellos, sobre todo al final del libro y al final de sus días; aunque resulta comprensible porque los constantes ataques y rebeliones de pimas, seris y apaches hacían peligrar no sólo a las misiones sino a todo Sonora:

Estos son los enemigos que tienen pobre e inútil para el real servicio e intereses, a ésta por sí riquísima provincia, caídos los ánimos de sus habitantes, por las muertes que se ven ejecutadas por toda ella al menor descuido: caída la minería y por consiguiente el comercio, que nadie ignora cuán considerables

sumas se podrían derivar a las reales cajas, si, castigado y humillado el enemigo, se gozara de paz y seguridad para su laborío y beneficio. (84)

Por ello concluye *El rudo ensayo* con recomendaciones para exterminarlos: a los seris, hay que quitarlos de en medio, tan del todo, que no quede siquiera uno en la tierra; a los pimas lo mismo y si no, que se les haga servir en algo por fuerza, aunque sea repartiéndolos al remo de las reales galeras (115). Con los apaches hay que hacer las cosas con cuidado porque son tantos y tan sanguinarios que primero hay que combatirlos mediante tácticas guerreras adecuadas, hasta que “ya algo recobrada la Sonora se pudiera pensar o en reducirlos, o sujetarlos por fuerza” (116).

No le tocó en suerte ver el resultado de sus recomendaciones y esfuerzos, tampoco pudo experimentar el regreso a su patria; en 1767, muy enfermo y casi ciego, en su calidad de padre visitador y provincial para las misiones que entonces poseía, tuvo que citar a sus hermanos jesuitas en Mátape para comunicarles la terrible noticia de la expulsión ordenada por Carlos III.¹⁶

En total el grupo era de cincuenta y un misioneros; treinta y uno de Sonora y veinte de las misiones de Sinaloa. Apretujados en la iglesia de Mátape con guardias armados en puertas y ventanas, escucharon el real decreto que los expulsaba de los dominios españoles y de la propia España. (Treutlein 20)

Bajo vigilancia militar, salieron hacia Guaymas el 25 de agosto de 1767 donde permanecieron hasta el 20 de mayo de 1768. Luego emprendieron un penoso viaje hacia Veracruz pasando por San Blas. De ahí a La Habana y de esa ciudad a Cádiz, lugar al que fueron los últimos en llegar, el doce de julio de 1769. Nentuig murió camino al destierro en Ixcatlán del Río, Nayarit, el once de septiembre de 1768.

Con todos sus errores y aciertos Juan Nentuig ofrendó su vida en el cumplimiento de su deber. El trabajo emprendido por él y sus compañeros fue rudo como su *Ensayo*; no obstante, la paciencia y constancia puesta en la tarea logró dejar testimonio de su presencia en tierra de misiones a través de su fascinante

¹⁶ La provincia fue acusada como resultado de su universal Compañía, de acaparar riquezas enormes, de ser demasiado poderosa y prepotente, de no obedecer a los obispos, de apoderarse de la conciencia de sus subordinados, de seguir las opiniones de sus propios teólogos más que el dogma de la Iglesia, de gobernarse con independencia de las leyes de ésta, de causar grandes problemas a los papas, de mantener una moral laxa y adoptar métodos misioneros incorrectos.

Marina Martínez Andrade

libro de viajes, considerado como uno de los documentos coloniales más completos y ricos sobre el Noroeste de Sonora, sus habitantes y una obra misional.

OBRAS CITADAS

- Almada, Francisco R. *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*. 2ª ed. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora, 1983.
- Burrus, Ernest J. *Misiones norteñas de la Compañía de Jesús, 1751-1757*. Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas 25. México: José Porrúa e hijos Sucs., 1963.
- Carrasco, Pedro. "Cultura y sociedad en el México Antiguo". *Historia general de México*. México: Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México, 2000. 153-233.
- Ette, Otmar. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. Jornadas. Trad. Antonio Ángel Delgado. México: Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México/ Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001.
- García Martínez Bernardo. "Regiones y paisajes de la geografía mexicana". "La creación de Nueva España". *Historia general de México*. México: Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México, 2000. 25-91, 235-306.
- González Sánchez, Isabel. "Sistemas de trabajo, salarios y situación de los trabajadores agrícolas, 1750-1810". *La clase obrera en la historia de México. De la colonia al imperio*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 1980. 125-172.
- Gumilla, José. *El Orinoco ilustrado y defendido* [1745]. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela 68. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1963.
- Humboldt, Alejandro de. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* [1811]. Sepan Cuantos 39. Est., prel., notas y anexos Juan A. Ortega y Medina. México: Porrúa, 1966.
- Krotz, Esteban. *La otredad cultural entre utopía y ciencia*. Sección de Obras de Antropología. Trad. Claudia Leonor Cabrera Luna. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Miranda, José. *Humboldt y México*. 2ª ed. Historia Novohispana 19. México: Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

Visión de los indígenas...

- Montaigne, Michael de. “De los caníbales”. *Ensayos completos*. 3ª ed. Sepan Cuantos 600. Prol. Emiliano M. Aguilera. Trad. Juan G. de Luaces. México: Porrúa, 2003. 153-163.
- Nentuig, Juan. *Etnología. El rudo ensayo. Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*. Científica 58. Intro., apéndice, notas e índice Margarita Nolasco Armas, Teresa Martínez Peñaloza y América Flores. México: Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1977.
- Nucera, Domenico. “Los viajes y la literatura”. *Introducción a la literatura comparada*. Letras de Humanidad. Ed. Armando Gnisci. Trad. Luigi Giuliani. Barcelona: Crítica, 2002. 241-289.
- Pfefferkorn, Ignaz. 1949. *Sonora, A Description of the Province by Ignaz Pfefferkorn*. Ed., y trad. Theodore Edward Treutlein. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989.
- Pierini, Margarita. *Viajar para (des)conocer. Isidoro Löwenstern en el México de 1838*. Cuadernos Universitarios 62. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1990.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*. 6ª ed. Trad. Flora Botton Burlá. México: Siglo XXI, 1995.

D. R. © Marina Martínez Andrade, México, D. F., julio–diciembre, 2008.

RECEPCIÓN: Marzo de 2009

ACEPTACIÓN: Junio de 2009